

Una belleza donde sobran las palabras

Ana María Fernández García
Profesora Titular de Historia del Arte
Universidad de Oviedo

Esta exposición ofrece a los visitantes la última obra de los artistas Nina Grønn (nueva York, 1974) y José Antonio Menéndez Hevia (Oviedo, 1938). Es una muestra que se ha ido gestando con un trabajo de más de una década en común a través de un discurso creativo similar, donde se han fundido en planteamientos, inquietudes e intereses. Puede decirse que la muestra no es un compendio de caminos creativos ni una suma de aportaciones, sino que se trata de un punto de partida común que discurre poéticamente en dos formas de entender la creatividad, la materia y el arte.

Pero las historias deben contarse desde el principio. Hace once años el destino los puso en contacto e emprendieron un viaje iniciático común, primero en una auto-caravana con la que compartieron experiencias visuales y emocionales, vieron atardeceres, fusiones de la naturaleza con el entorno y las soledades de la tierra. También descubrieron la fuente inagotable de visualidades que proporciona la atmósfera, las luces entonadas o las neblinas. Se fijaron en las formaciones rocosas, en las texturas riquísimas de todo tipo de paisajes y se dieron cuenta de la tremenda sutileza de nuestro entorno visual, forzando las sensaciones aparentemente cotidianas para adentrarse en una riqueza sensitiva que sólo la humildad, la paciencia y el aislamiento pueden conseguir. A partir de ese momento decidieron trabajar juntos. En un tandem creativo perfecto, Nina y José Antonio se complementaban. Ella venía de las artes gráficas, era muy joven, y no se consideraba atada a un lugar concreto ni a una técnica. Era una mujer con una curiosidad infinita y con ganas de aprender a ver, aprender a hacer y aprender a sentir. Por otra parte, José Antonio era un hombre con muchísimo recorrido profesional en el ámbito del diseño industrial y el interiorismo. Había sido un empresario exitoso, que aportaba sobre todo un conocimiento exhaustivo de los materiales y las técnicas. En su larga carrera como diseñador se había caracterizado por dominar las posibilidades de cada procedimiento y por saber anticiparse a los resultados. Además había dibujado desde niño, con una perfección inigualable, y durante los años de frenética actividad profesional añoraba el momento en que pudiera dedicarse a la pintura como un medio expresivo de todo aquello que estaba latente como persona y como artista. El binomio podía funcionar porque, como decía Picasso, la calidad de un pintor depende de la cantidad de

pasado que lleve consigo. En este caso eran pasados muy diferentes, casi antagónicos, y que se complementaban con perfección en un discurso que hablará enseguida de belleza por encima de cualquier meditación de gusto.

Así dos personalidades artísticas diferentes, con bagajes heterogéneos y edades distintas, supieron que podían encajarse creativamente como uno de esos engranajes que tanto fascinan en su mecánica al José Antonio Menéndez Hevia diseñador. Trabajando juntos cada uno aprendía del otro, de su herencia cultural, de sus aprendizajes previos y de la relación estrecha con los materiales y las técnicas. Como en una Bauhaus privada, el punto de partida era su punto de llegada anterior. A partir de entonces comenzaron con paciencia y dedicación a dibujar. Para José Antonio el dibujo es la base del arte, como también lo es del diseño industrial. Y dibujaron incansablemente, sin buscar un estilo ni obsesionarse por ser más modernos que cualquier otro creador, ni en ser absurdamente originales. Al modo de un taller medieval se generaban unas sinergias creadoras en las que una cosa llevaba a otra, un trazo aventuraba una composición o un vacío indicaba una sutil presencia. Tampoco quisieron encasillarse en estereotipos estilísticos, ni seguir estelas trazadas previamente por otras tendencias, grupos o individualidades. El aislamiento creativo en el que trabajaban quería evitar precisamente esas interferencias. Pretendían encontrar una senda propia que ellos mismos hubieran definido por su trabajo diario, metódico, constante y entregado.

Puedo decir que Nina y José Antonio, dúo profesional sin una relación que vaya más allá del trabajo común, han encontrado y delineado indiscutiblemente esa senda personal. Su trabajo no se parece a nada y quizás pueda parecerse a todo. Su pintura no pretende ser abstracta y lo parece. Huye de la realidad y acaba en ella. Emplea técnicas conocidas que pasan a ser inéditas porque las utilizan con otros modos. En esa dicotomía entre lo que podría ser y lo que es su obra, nace su genialidad.

Resulta difícil y probablemente un poco frívolo escribir sobre una obra que se ha gestado durante más de una década. Cualquiera de mis reflexiones podría antojarse vacua en comparación con la introspección meditada, larga e intensa, de los artistas. Aquí no procede hablar de superficialidades ni de obviedades, sino de un proceso largo de reflexión y práctica. Y, teniendo en cuenta el sinfín de matices y lecturas de sus obras, creo que es posible definir una serie de invariantes que ayudarán al espectador a entender sus propuestas. La primera lectura es de naturaleza iconográfica pues afecta al motivo de las piezas. Aunque es a grandes rasgos una obra que, independientemente del soporte y la técnica, se rige por principios de la abstracción, subyace en todas un latido de realidad; una realidad diríamos “intrafina”,

parafraseando a Duchamp. Porque algunas obras evocan inconscientemente el desarrollo de un organismo, otras tienen referencias lejanas a algo parietal, unas pocas remiten a una reminiscencia paleontológica o incluso a erosiones matéricas. Provocan también percepciones hapticas, a través del contacto táctil con las superficies, pues se han concebido algunas para ser tocadas, provocando un estímulo mental y sensorial a los invidentes.

Reconociendo que nunca ha habido un presupuesto figurativo ni realista, las obras de Nina y José Antonio tienen esa capacidad para evocarnos algo que creemos haber visto o haber sentido incluso en un mundo no real: la luz filtrada delicadamente entre las nubes, una rotura accidental de un vidrio, un fragmento de un mármol o una huella del tiempo en una superficie. Esa finura del tema, esa versatilidad de interpretaciones, tiene además otros resortes que refuerzan su potencia plástica. A mi modo de ver, las composiciones son acertadísimas, con un juego de equilibrios soberbio, una tensión de dentro afuera y unos ritmos y veladuras (en el caso del óleo) que dentro del aparente estatismo, generan movimientos generativos, como una suerte de organismos en crecimiento, fosilizados magníficamente para el arte. Además la estructura de cada pieza se ajusta al formato en un equilibrio de asimetrías y masas. Sus obras se definen por los volúmenes, por la forma y no por el recurso fácil del color. El color contenido, con gamas siempre armónicas, se supedita a la composición probablemente por la potencia que siempre tiene el volumen, unas veces hendido en la superficie, otras sobresaliente del entorno plástico, acomodado en superficies en expansión o constreñido con dibujo.

Otra de las características singulares de estas piezas es el abanico técnico que exhiben. Como ya se comentó con anterioridad, pudiera parecer que el empleo del hormigón, el aluminio, el óleo, el carboncillo, la litografía o las tintas, procedimientos muy conocidos y empleados en la historia, no dejaban lugar a nuevos procesos. En este caso, sin duda por la formación técnica de José Antonio Menéndez Hevia y el pasado como grabadora de Nina Grønn, se han sumado a los diez años de pesquisas e investigación consiguiendo una renovada interpretación de las técnicas. Desde el trabajo complicado de ácidos sobre metal, el empleo de resinas, de los moldes y tintes para el hormigón, los acabados estucados y la sustitución de los pinceles por todo tipo de buriles, rasquetas y graneadores independientemente de la técnica, nos indican resortes creativos poco convencionales. Tanto en sus instrumentos como en los procedimientos no se infiere sólo un mero virtuosismo técnico, sino un deseo de conseguir soluciones de calidad, con un perfeccionismo pocas veces visto y que entronca con el trabajo de Menéndez Hevia como diseñador e interiorista. No en vano, los profesionales que

trabajaron a su lado en aquellos años le recuerdan como un constante renovador de las técnicas y un feroz innovador de las soluciones.

Sólo quien domina una técnica es capaz de expresar una riqueza de contenidos con mínimos recursos formales. Por eso tanto los dibujos o los óleos, como los grabados y las formas de hormigón del tandem Nina-José Antonio sorprenden por su rotunda presencia espacial, por el diálogo entre forma y color, con una ligereza de manchas, de formas informes y evanescentes, que en su propia delicadeza resumen su complejidad plástica. El respeto por la materia es absoluto. Los papeles siguen siendo papeles, conservan su textura rugosa y su presto bajo la tenue capa de tinta, mientras el aluminio brilla en su pulido o el hormigón se concentra en su pesadez natural. Precisamente ese dominio controlado del material les permite expresarse en formatos muy distintos. Desde el gran, inmenso, panel central de hormigón de la Capilla de la Trinidad, hasta los pequeños dibujos o litografías (producidas con el apoyo del Centro de Estampación Litografía Viña de Gijón) cada forma, cada proceso y cada solución se adecúan al tamaño con una disciplina férrea sólo imaginable en unos artistas que someten su trabajo a horas de reflexión y ensayo.

Muchas veces sucede en la producción de muchos artistas que se expresan con una técnica artística determinada que, cuando se aproximan a otra distinta, provocan interferencias entre ambas. En el trabajo de Nina Grønn y José Antonio Menéndez Hevia no hay colisiones porque los resultados se han gestado de manera natural, desde el dibujo como útero creativo, con meses de experimentación, pruebas, errores y hallazgos. Todas las obras y todas las técnicas hablan el mismo lenguaje y se determinan en soportes heterogéneos, con un léxico formal perfectamente reconocible, más algodonoso y digamos femenino en Nina y más rotundo y sobrecogedor en José Antonio. Ambos son refinados, cultos, esenciales, rigurosos, de gestos sosegados y de mucha fuerza interior. En los dos casos estamos ante un arte de sensaciones, que pasa por los sentidos de una manera sensual para enroscarse en nuestras mentes como el rescate de un momento hermoso que hemos percibido, ante el que nos hemos emocionado y del que aún tenemos la oportunidad de seguir disfrutando.

El destino de alguna manera hizo que Nina y José Antonio llegasen a conocerse y a trabajar juntos. Y parece que el mismo destino que unió sus vidas y su creación ha decidido que la primera exposición de este tandem creativo suceda en el Museo Barjola de Gijón, institución que homenajea la figura de Juan Barjola, quien en los setenta declaraba: "me gusta ese misterio de los espacios que a veces dicen más que las mismas figuras, porque en esos espacios se condensa el misterio de los sueños. Sueños que son constancia de la realidad". Esos

espacios polisémicos y misteriosos, exquisitos y elegantes, transitados por la experiencia visual y por la belleza son quizás de la misma naturaleza emotiva que los hoy podemos contemplar en esta exposición. Decía Schiller que “bella es un forma que no requiere explicación, o bien aquella que se explica sin concepto”. En este caso sobran, por una vez, las palabras.